

RAMÓN DE SANTIAGO ⁽¹⁾

DOLOROSO RECUERDO.

De dos hermanos que el rencor ahogaba
Sangrienta vi la lucha cierto día,
Mientras la madre, que infeliz gemía,
Por separar sus armas se esforzaba.

Insensata, la turba les llamaba
Lidiadores heroicos, y aplaudía;
Pero la madre de pesar moría,
Y su llanto de sangre derramaba.

Cayó el uno, por fin, desfalleciente;
Muy digno el otro se creyó de gloria,
Y hacía los cielos levantó la frente.

¡Ay! Algún día nos dirá la historia
Que aquella madre en su dolor vehemente
La derrota maldijo y la victoria.

AUDACIAS DEL GENIO.

KEPLER.

Moraba en este átomo del cielo,
Pero vivía en la región inmensa
Del misterio y la luz: en ella piensa,
En ella estudia y lucha con anhelo

Para rasgar su impenetrable velo
Y explicársela al hombre, que compensa
Su amor con el sarcasmo y con la ofensa.
Al fin triunfa; en su divino vuelo

(1) Don RAMÓN DE SANTIAGO es un poeta y un escritor de valer. Modeló su espíritu en las luchas ardientes de la política que agitaron á la República después de la independencia. Nacido á la vida en pleno deslumbramiento romántico, las audacias de la nueva escuela lo subyugaron y á ella ha permanecido fiel durante toda su ya larga carrera literaria, lo cual le coloca entre los viejos y queridos poetas, que cantaron en romance castellano los diversos episodios de las luchas civiles. Sus producciones, tanto en prosa como en verso, llenan las páginas de todas las revistas y periódicos que han aparecido en el país desde cincuenta años atrás. Ya en 1854 funda con los Pérez Gomar, Ferreira y Artigas, García Lagos, Magariños Cervantes, Fajardo y Barbosa, el «Eco de la juventud oriental», é ingresa en la redacción de «El Orden»; en 1855 funda y redacta con Pérez Gomar, Fernández, Castañé, Tomé y Basañez el diario «La Libertad», al cual se agregó después el doctor José María Muñoz y producen el movimiento sensacional de aquella fecha, que guarda memoria en los anales políticos del país; en 1859 colabora en «La Nación»; en 1864 funda y redacta con don Federico de la Barra el diario «El Plata»; en 1865 toma la redacción

De la grandiosa máquina del orbe
Sorprendió los misterios, y en tres leyes,
Eternas como Dios, la ve y la encierra.

Y ese gran sabio que la mente absorbe,
Más grande que el más grande de los reyes,
Miserable murió. ¡Oh ingrata tierra!

FRANKLIN.

Negra la nube y de su rayo armada
En fatídica sombra el mundo encierra;
Serenos Franklin la provoca á guerra,
Valiente el corazón, la frente alzada.

Por la atmósfera lúgubre y pesada
Retumba el trueno que al mortal aterra;
Franklin por arma esgrime de la tierra
Su cometa en los aires remontada.

De repente la nube, iluminando
Con su mirada el tenebroso cielo,
Lanza su flecha, que veloz serpeando,

Baja iracunda con sulfúreo vuelo,
Y, la frente del genio amenazando,
Besó á sus piés el conmovido suelo.

MORSE.

Ilustre americano, de el momento
Que por tu genio el rayo fué domado,
Y con freno de alambre destinado
Para raudo corcel del pensamiento,

Ya la idea no encuentra ni en el viento,
Ni en huracán furente desatado,
Ni en el seno del mar, nunca surcado,
Valla capaz de detener su acento,

Abarcando en su vuelo sin medida
Todo el imperio de la humana vida;
Y el imantado hilo prodigioso,

En cada vibración, Morse glorioso,
Repetirá tu codiciado nombre
Mientras duren el mar, el aire, el hombre.

de «La Reforma Pacífica», cuando la deja don Nicolás Calvo; en 1865 redacta la tercera época de «La República», luego «El Correo» y después «El Republicano», en todos los cuales sigue la política de oposición al gobierno, que iniciara «La Reforma», que le valen ataques á la imprenta y destrucción de sus materiales tipográficos: desde 1837 á la fecha redacta en jefe «El Telégrafo Marítimo», que es el decano de la prensa periódica y órgano de los intereses comerciales del país. Además ha colaborado en el «Album» que la República presentó á la Exposición Continental de Buenos Aires; en el gran Diccionario Enciclopédico Histórico Americano, así como en «La literatura del Plata», «El eco uruguayo», «El panorama», «La aurora», «Ecos americanos», «El indiscreto», «El Plata ilustrado», «La ilustración del Plata», «El pensamiento» y la «Revista nacional de literatura y ciencias sociales.»

FLORES DE VIEJO.

EN UN ÁLBUM.

Abatido marchaba el peregrino
Con la nieve del tiempo en el cabello,
Sin risa el labio, frente sin destello,
De hojas secas sembrado su camino.

Confusos ya veía en lontananza
Primorosos paisajes de otra vida,
Que alumbró con encantos sin medida
El opulento sol de la esperanza.

Y marchaba infeliz, desfalleciente,
Bajo mortal abrumadora calma
Con un peso de dudas en el alma,
Con crepúsculos tristes en la mente.

Pero en dichosa, inolvidable hora
De su senda al costado vió parada
A la bondad en joven transformada
De dulces ojos y de voz canora:

—Dadme una flor, oyó que le decía,
De esas que versos los poetas llaman,
Que los pechos sensibles tanto aman
Y son del corazón la simpatía.

—Aquel jardín do cultivé esas flores,
El peregrino respondió, los vientos
Del dolor y la edad crudos, violentos,
Para siémpre quemaron destructores.

Tallos quedan no más hechos carbones,
Alguna hoja en un rincón perdida,
Y sobre todo triste y extendida
La sombra de las muertas ilusiones.

Ya no tengo más flores que estos hielos
Que ves rodear y entristecer mi frente,
Últimos hilos de agotada fuente,
Que juventud manó, y amor y anhelos.

Mas si no puede el fatigado vate
Darte una flor de su jardín perdido,
Escucha al menos el deseo sentido
Que aquí en su corazón sincero late.

Sé feliz, sé feliz con esa calma
Que sólo siente la conciencia pura,
Con esa tierna mística dulzura
Dicha del cuerpo, perfección del alma.

Feliz en tus afectos, y que el cielo
Te los conserve, cual conserva hermosos
De la luna los rayos candorosos
Y de los soles el fulgente velo.

Feliz en tu bondad y tu ternura;
Que siempre caigan sobre noble seno,
Y nunca sientas el letal veneno
Que ante el ingrato el corazón apura.

Feliz en tu virtud; que luminosa
Domine siempre la calumnia fiera,
Como domina el sol desde su esfera
La negra nube de su luz celosa.

Feliz en tu ilusión; que siempre maga
Pinte á tus ojos de la dicha el sueño,
Y no veas jamás que el torvo ceño
De cruel desengaño la deshaga.

¿Has encontrado, Zoa,
Entre esos versos que arranqué á mis años
Algunas tiernas y modestas flores?
¿Dices que sí? ¿Lo dices bien sincera?
¿A conservarlas buenas, las destinás?
Guárdalas, pues: son obra verdadera
De tu bondad, que á su calor nacieron
Como nacen también en las ruinas
Bajo un rayo de sol de primavera.



RAFAEL XIMÉNEZ (1)

FRAGMENTOS.

Blanca ya despoblada mi cabeza
Pensamientos encierra todavía
¿Qué me importa del cuerpo la pobreza
Si es de vida inmortal el alma mía?

Cual se separa en el crisol la escoria
Del precioso metal, así en la frente
Que guarda la labor de la memoria
Depúrase mi espíritu y lo siente.

Mas no lo alcanza sin el vivo fuego
Del horno abrasador de la existencia
Que gasta la materia rudo, ciego,
Pero respeta la inmortal esencia

.....

(1) DON RAFAEL XIMÉNEZ nació en Montevideo el 6 de julio de 1825 y falleció el 14 de noviembre de 1904. Se educó en Europa y regresó al país en 1842 para ponerse á los órdenes del Gobierno de la Defensa, sirviendo durante el sitio. Ocupó diversos puestos públicos y fundó la oficina de Estadística Nacional. En 1840 fué condecorado con la encomienda de comendador de la orden de Isabel la Católica. Es autor de algunos tomos de poesía y de varios dramas y comedias, entre ellos: « Vasco Nuño de Balboa » y « La Campana de las Diez ».

¡Infancia y juventud, soplos fugaces
 Preludios, nada más, de la vejez
 Hoy me sirven los dos como solaces
 Ya que volver no pueden otra vez!

Mas ¿qué digo? ¿no soy tan venturoso
 Que renacer me siento sin morir?
 ¿No rodea mi sér un coro hermoso
 Para hacerme olvidar lo que es sufrir?

Los hijos de mis hijos son mi infancia,
 De mis hijos queridos la virtud
 Hoy compensa mi amor y mi constancia,
 Dando al alma dorada juventud.

Juventud misteriosa, porque es de alma
 Que trozando del sórdido egoísmo
 Las pesadas cadenas, vive en calma:
 Nace en el puerto, lejos del abismo....

.....
 El grupo tumultuoso de crespones
 Que agitado se cierne por la esfera
 Se disipa, se rompe en mil girones
 Cuando en los aires la borrasca impera.

La serpiente del rayo lo hace trizas
 Y lo quema y abrasa con afán
 Y barre, rebramando, sus cenizas
 Con sus alas tremendo el huracán.

Del fantasma después todo el amago
 Tórnase en limpia lluvia desprendida
 Para llevar al suelo nó el estrago
 Sino un germen benéfico de vida.

Así al alma la agitan las pasiones,
 La alegría, el dolor y la esperanza,
 Un tropel turbolento de emociones
 Con que el joven jamás sosiego alcanza.

Pero el tiempo que todo modifica
 Pone coto á la ruda tempestad
 Y lo mismo que tanto mortifica
 Al fin nos da la luz y la verdad.

¡Santa verdad que Dios ha revelado
 Al hombre sometido á la aflicción
 Y que el labio del hombre ha proclamado
 Llena el alma de fe, de religión.

Sublime, sin igual, consoladora,
 Como una antorcha, la inmortalidad
 Abriga con sus rayos y hasta dora
 El tiempo de la breve ancianidad!



ANTONINO LAMBERTI (1)

¡DAME MÁS!

Si supieras qué espléndida te veo,
 Al primer rayo de la luz incierta,
 En el revuelto lecho, mal cubierta,
 No dirías que es hora de partir.
 No te vayas, que aun brilla en tu mirada
 El fuego che una noche no ha extinguido;
 Pálida por las fuerzas que has perdido,
 Convidas á gozar hasta morir!

Dame más! hoy me amas! Otra suerte
 Á robar este amor vendrá mañana!
 Llevo en mi frente la vejez temprana;
 Otras huellas las mías borrarán!
 La dicha que juraste para siempre,
 La quiero toda entera en un instante:
 ¡Mira las ondas de tu seno amante
 Cómo pidiendo mi caricia están!

Sí, dame más! y lúbricas visiones
 Pueblan mi mente al beso de tu boca;
 Quiero otra vez entre mis brazos, loca,
 Sentirte convulsiva estremecer.
 Dame más; dame más! Llena mi oído
 De ese tu ardiente entrecortado ruego.
 Así, delirio del amor de fuego,
 La vida desmayada en el placer!

SIEMPRE.

Yo siempre tengo para ti armonías,
 Mi corazón por ti siempre se queja;
 Entre la ortiga del jardín, marchitas,
 Siempre mis flores para ti se encuentran:
 Las flores por hermosas conocidas
 Que tú en la dicha triunfadora ostentas!
 ¿En qué día mi amor sin esperanza
 Un tributo celeste no te lleva?
 A pesar de las canas que me dicen:
 El tonto de la vida es el poeta.

(1) Ha vivido desde años atrás en el extranjero. Todas sus composiciones están empapadas en un sentimentalismo dulce é intenso. De este poeta, ha dicho Daniel Martínez Vigil:

«Ni la ausencia prolongada de la patria, ni el silencio persistente de su musa, privada, por el alejamiento del bardo, de las inspiraciones del hogar nativo, han logrado hacer olvidar las estancias de uno de los cantores que, con Adolfo Berro, el delicado modulador de las congojas juveniles, y con Matías Behety, el Edgar Poe del Sur, forman entre nosotros la trinidad hipostática del culto rendido á la belleza en os altares del sentimiento humano».

RIMA.

El ángel; ¿qué buscaba
 Cuando del cielo de su bien partía
 Y á la tierra venía
 Que el paso del dolor hondo mostraba?
 El grito de mi vida no escuchaste,
 Socorro aunque muriendo no pedía.
 Desierta la pendiente
 Y la hora sola y triste...
 Ah! por qué te asomaste
 A escuchar los rumores del torrente!
 Perdido allí me viste,
 Y por salvarme á mí también caiste!

LA TOCADORA DE ARPA.

En ti escuché el murmurio
 Del sauce con las auras,
 La queja de las olas
 Besando las arenas de la playa;

Esa armonía incierta
 Del mar dormido, en calma
 En la hora que la sombra
 Con el silencio sobre el mundo avan-

Eclos tiernos, lejanos,
 Que en el espacio vagan,
 Y vienen al espíritu
 Con el lamento de una voz hermana;

El rumor del desierto;
 La silbadora ráfaga
 De los vientos que cruzan
 Su llanura salvaje y desolada;

Los cantos que saludan
 Al asomar el alba;
 Rugidos de torrente;
 El toque de oración en la montaña;

El acento, el suspiro
 Del corazón que se ama
 Vibrando en el recuerdo
 Los himnos de la vida en su maña-

Del labio amante, trémulo,
 La promesa jurada;
 En la noche serena
 El acorde gentil que al amor llama;

Allá, como un ensueño,
 Onda doliente y rápida...
 En el torreón sombrío,
 Endechas de cautiva solitaria;

La voz de la inocencia
 Que á la ternura encanta;
 El ruego de la madre
 Por el hijo que corre á la batalla;

Del infeliz proscripto
 La despedida amarga,
 Dejando cuanto adora
 Para morir ausente de la patria.

Tristezas y dulzuras,
 Sollozos y plegarias,
 En confusión sublime
 Cruzaron como nubes por mi alma.

Y en mi delirio plácido,
 Me pareciste un hada,
 El genio de las musas
 Arrullando al poeta en la desgracia.

Y un rayo de consuelo
 Sentí que me inundaba,
 Como entre ruinas tristes
 La suave lumbre de la luna pálida.

Y el mundo de recuerdos
 De muertas esperanzas,
 Historia de la vida
 Que el corazón en su sagrado guar-

Todo se estremecía,
 Al sonido de tu arpa,
 Y te aclamé llorando
 ¡Yo que creía no tener más lágrimas!

LAURINDO LAPUENTE (1)

EL HONOR DE LA FRANCIA.

Fiero el cañón del despotismo truena,
 Celebrando de un pueblo el cautiverio;
 Y la justicia en alas del misterio,
 Al libre alienta, al opresor condena.

Levantad vuestra frente, hijos del Sena,
 Que honor y gloria diste á un hemisferio;
 Y destronad al monstruo del Imperio,
 Que os obliga á arrastrar la vil cadena.

No es la egregia victoria que engrandece,
 La que anuncia á los pueblos el soldado
 Del genio del espanto y la tiniebla;
 Es el triunfo del crimen que envilece,
 El honor de la Francia sepultado
 Bajo las ruinas de la heroica Puebla!

PERÚ Y MÉJICO.

¡España no escarmienta! De su mortal caída,
 Airada se levanta con impetu feroz;
 Y á América se lanza para vengar la afrenta,
 Que á su poder hicieron la Libertad y Dios.

Armada de las furias que trajo á la conquista,
 El Nuevo Mundo anhela volver á encadenar;
 Y al golfo mejicano dirige su estandarte,
 Seguida por el vuelo del águila imperial.

De Méjico los libres á defender se alzaron,
 La santa independencia, la libertad y el bien;
 Y España retrocede, y avanzan las legiones
 Astutas y traidoras del déspota francés.

¡Baldón! para la patria del Cid y de Pelayo,
 ¡Baldón! para las glorias que en Mayo conquistó;
 La España vencedora de Napoleón el Grande,
 Hoy sufre del Pequeño, nefanda humillación.

(1) LAURINDO LAPUENTE perteneció al grupo de Heraclio Fajardo y Fermín Ferreira. Residió largo tiempo en la República Argentina. De él no se conocen más que las poesías sueltas publicadas en diarios de la época.

El clero y los traidores al agresor infame
 Alientan con el crimen en Méjico infeliz;
 Y es *Puebla* el apoteosis de los insignes héroes,
 Que en medio de sus ruinas supieron combatir.

Y en vano el mal patricio y en vano el extranjero,
 Y en vano los hipócritas sin ley ni religión,
 Intentan la República matar impunemente,
 A fuerza de maldades y á fuerza de cañón.

Que el degradante *Imperio* que establecer pretenden
 Los déspotas en Méjico, veránlo desplomar,
 Cual frágil edificio basado sobre arena
 Al ímpetu primero del libre vendabal.

La táctica del fuerte ya está bien conocida,
 Los déspotas enseñan la ciencia del dolor;
 La flota de la España, la manda un descendiente
 Del criminal famoso que traicionó á Colón!

Pirata de los Reyes, invade el territorio
 De un pueblo democrático, con bélica actitud,
 Y en nombre de sus amos, cual nuevo *Don Quijote*
 Embiste con la prora las *Islas* del Perú.

¡República Peruana! defiende tus derechos,
 Que triunfen ó perezcan tus hijos en la lid;
 Que arrasen tus ciudades las llamas del incendio,
 Primero que á los Reyes dobleguen la cerviz!

¡Repúblicas de América! la monarquía avanza,
 Y avanza por los flancos de la discordia vil;
 Unidas seréis fuertes, pero en el aislamiento,
 El despotismo os bate y os vencerá por fin!

Abajo los gobiernos que á realizar se opongan
 La alianza entre los pueblos del mundo de Colón,
 Perjurios y tradidores, reciban por castigo,
 La iras de la patria, la maldición de Dios!

La tregua ha terminado—La fiera Monarquía
 Con nuevos atentados, provoca á nueva lid;
 ¡De pié está la República! sus héroes son los hijos
 De Washington, Bolívar, Belgrano y San Martín.



EDUARDO G. GORDON ⁽¹⁾

EL TRABAJO.

La aurora de la vida
 Empezar para el arte,
 La unión le hará potente
 Del mundo en la extensión;
 Sin el trabajo, hermanos,
 Que tanta luz reparte,
 No habría á la familia
 La santa protección.

Agítese el martillo
 Que es cetro prepotente,
 Con ese va la idea
 Que encarna la virtud;
 Obreros, al trabajo,
 Vuestro taller es templo
 Do la honradez se anida
 En plácida quietud.

Obreros, al trabajo
 Con fe y perseverancia!
 Volved á vuestras casas
 Cubiertos de sudor;
 ¿Qué importa la fatiga
 Si el alma está contenta,
 Si el pan es amasado
 Con verdadero amor?

Obreros, al trabajo!
 ¿Qué importa la fatiga
 Si vuestros hijos duermen
 Al ruido del taller?
 No desmayéis, hermanos,
 Que la labor obliga.
 ¡Obreros al trabajo:
 Ya empieza á amanecer!



JOSÉ PEDRO VARELA ⁽²⁾

ÍNDICE DEL HOMBRE.

I.

Introducción. — El pabellón dorado
 De un misterioso lecho nupcial.

El porvenir naciendo del pasado!
 Qué profundo misterio, humanidad!

II.

Capítulo primero. — El nacimiento...
 Un gemido, una lágrima, un pañal...
 Qué bonito! qué lindo! Es un portento...
 Un indecible abrazo maternal!

(1) EDUARDO G. GORDON, murió hace ya muchos años. Fué periodista, dramaturgo y poeta. Redactó por largo tiempo varios de los principales diarios de la capital, é hizo representar diversas obras dramáticas que tuvieron aceptación. Algunas de sus composiciones se han popularizado, habiendo sido adaptadas á cantos escolares. Murió en la oscuridad después del año 1878.

(2) La celebridad de JOSÉ PEDRO VARELA no se basa sin duda en sus versos, sino en la obra de la reforma escolar que él llevó á cabo en el país y que le valió que alguien le llamara el Horacio Maun uruguayo. Nació en Montevideo el 19 de Marzo

III.

Capítulo segundo. — La inocencia...
Las risas y el colegio y la lección...
¿Por qué lloras? Estoy en penitencia!
Seguid! es la cartilla del dolor!

IV.

Capítulo tercero. Los veinte años...
Alma mía te quiero más que á Dios...
Y la infame me vende. Nó, me engaño!
Me duele horriblemente el corazón.

V.

Capítulo cuarto. — El egoismo!
Magnífico! Se aumenta mi caudal...
¿Un mendigo? mi casa no es asilo...
¿Un enfermo? Que aquí no es hospital...

VI.

Y capítulo último. — La muerte.
Un momento de llanto funeral...
Un nombre que se graba en una piedra...
Unos meses de luto y... nada más!

* * *

¿Qué lindos son tus ojos y qué lindo
El color de tu tez inmaculada!
¿Qué suave es el calor de tu mirada!
¿Qué puro debe ser tu corazón!
¿Cómo adornan tu cuello nacarado
Las ondas de tu negra cabellera!
¿Cómo en tu sien hermosa reverbera
La poética luz de la ilusión!
¿Ah! ¡dichoso el que pueda un solo instante
Ocupar tu sencillo pensamiento;
El que aspire el aroma de tu aliento
Y beba la ambrosía de tu amor;
El que haga que tu frente se colore
Con el santo rubor de la inocencia;
El que pase á tu lado la existencia
Oyendo palpitar tu corazón!

de 1845 y desde temprana edad se dedicó al comercio. Llevado á Estados Unidos por motivos de su oficio, intimó allí con Sarmiento, quien le inspiró la idea de la reforma escolar que, de vuelta á la patria, inició y realizó con grandes sacrificios. Ya entonces había escrito y publicado versos y con un tomo de poesías inéditas había visitado á Victor Hugo, quien alentó al joven poeta. Sin embargo, más que sus versos han vivido sus obras de pedagogía, *La Educación del pueblo*, *La legislación escolar*, *Enciclopedia de la educación*. Fué también periodista distinguido y fundó y redactó *La Paz*. Nombrado Inspector Nacional de Instrucción pública, realizó ampliamente y con verdadera videncia el plan concebido en Estados Unidos. Murió junto al yunque, el 24 de octubre de 1879, agotadas las fuerzas de su espíritu por la labor desplegada y amargado el espíritu por la magnitud del sacrificio, desconocido entonces, y que la posteridad ha puesto de manifiesto como el mejor título de su gloria.

Á.....

Como el recuerdo que guarda el alma
De las risueñas horas de calma
En que mil sueños de amor forjó;
Así en mi mente cándida y pura,
Se alza la imagen de la hermosura,
De tu pureza, de tu candor.

Como el arrullo de la paloma,
Como el concierto que, cuando asoma,
Saluda al astro que luz nos da;
Así en mi alma, cuando te miro,
Se eleva un himno, que es un suspiro,
Que es una queja, tal vez un ¡ay!

Como el pampero que al mar agita
Y que en los bosques el árbol quita
Todas sus hojas y su frescor;
Así en mi pecho se alza la duda,
Que roe lenta, que roe muda
Mis esperanzas, mi corazón.

Y como el ave vuelve á su nido;
Como al recuerdo de un bien perdido
Se vuelve el hombre lleno de amor;
Así mi alma, cuando suspira
Lejos del mundo, de su mentira
Se vuelve al cielo, se vuelve á Dios!

VICTORIANO E. MONTES ⁽¹⁾

EL TAMBOR DE SAN MARTÍN.

I.

Con los héroes de todo un continente
La muerte ha hecho sacrilego botín!
Pero aun lucha con ella frente á frente,
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,
El anciano Tambor de San Martín!

II.

Los esclavos se arrancan la librea:
« Termine, gritan, nuestra suerte ruín:
Sea Nación independiente, ¡sea!
La colonia infeliz..... » Y á la pelea
También corre el Tambor de San Martín!

(1) El doctor VICTORIANO E. MONTES con las pocas poesías que publicó desde 1877, época en que se inició en las letras, ha conseguido consagrarse como poeta de verdadero vuelo. Dentro de su época descuella por la originalidad de sus composi-